
EL PENSAMIENTO NO TAN HUMANO DE LOS ANIMALES Y SU VINCULACIÓN CON EL LENGUAJE

WILLIAM B. OTÁÑEZ DURÁN

ABSTRACT. THE NOT SO HUMAN ANIMAL THINKING
AND ITS RELATION TO LENGUAJE

Many of the members of the scientific community have been intrigued by the debate pertaining to animals' cognitive process in comparison and contrast to men. Ancient thinkers, such as Aristotle, could only argue positions from a philosophical aspect. The modern inclination, especially of ethologists, advocates animal thinking to be motivated by the vision of the father of biological evolution, Darwin. With the last intention of wanting to link humans with the evolution of lower animals, postulants in favor of animal thinking do not curtail studies and economic resources to support their heuristic propositions. A careful study of the essential components that make possible the genesis of thought and language and a consideration of the different schools that have postulated their theories in this vast field will give the necessary guidelines to determine the cognitive state of animals and its possibilities of using the articulated language congruent to humans.

KEY WORDS. Language, thought, Darwin, cognition, environment, culture, evolution, reasoning, mind, brain.

1.1. POSTURAS EN CONTRA Y A FAVOR DEL PENSAMIENTO ANIMAL

Aristóteles y Descartes, entre los muchos pensadores antiguos, no defienden en sus escritos la capacidad de raciocinio en los animales, esa que sólo el hombre ha conquistado a través de la evolución:

Se admite que hay tres cosas por las que los hombres se hacen buenos y virtuosos, y esas tres cosas son la naturaleza, el hábito y la razón. Los otros animales viven primordialmente por acción de la naturaleza, si bien algunos, en un grado muy pequeño, son también llevados por los hábitos; el hombre, en cambio, vive también por acción de la razón, ya que es el único entre los animales que posee razón; de manera que en él estas tres cosas deben guardar armonía recíproca entre sí. Los hombres, en efecto, obran con frecuencia de manera contraria a los hábitos que han adquirido y a su naturaleza a causa de

su razón, si están convencidos de que algún otro camino de acción les es preferible (Aristóteles, 1977, 1332).

En pocas palabras, Aristóteles lucubró sobre los límites reales que dividen el reino animal de los humanos. Propuso que sólo los hombres tienen la ventaja de estar en posesión de las herramientas, de los instintos, los hábitos y la razón. Los parámetros de existencia de los animales se confinan, como mucho, a los dos primeros, y los hombres pueden manifestar ciertos comportamientos dependiendo de la preponderancia de los mismos. Sin temor a la equivocación, la razón o la capacidad de pensar es la herramienta más poderosa de la evolución, que viste al hombre de un ropaje muy distinto que el de los animales y, de acuerdo con el pensamiento de Aristóteles (1977, 1252), lo habilita para mandar y someter a las especies inferiores. En general, el mundo filosófico antiguo comparaba los animales como simples máquinas, despojados de cualquier proceso racional.

Por otra parte, muchos autores modernos, basándose en estudios recientes, han tenido a bien afirmar que los animales son capaces de razonar y pensar, aunque en una medida mucho menor que los seres humanos. Esta idea básica ha sido compartida por un gran número de científicos, entre ellos la etóloga Marian Dawkins y el zoólogo Donald R. Griffin. Este último no sólo sostuvo que los animales comparten nuestra capacidad pensante, sino que aseguró que la conciencia puede contarse entre las capacidades de los animales. Consideró que ciertos animales hacen uso de capacidades mentales capaces de resolver problemas complejos que están relacionados directamente con el medio. Convencido de su postura cognitiva de las especies superiores, Griffin afirmó que el pensamiento animal los aleja de un comportamiento autómatas y los acerca más a una realidad humana, aunque su manera de pensar sea distinta en contenido y forma: “El razonamiento y la conciencia animal simplemente se han convertido en la última de la larga lista de características supuestamente exclusivamente humanas que hay que admitir que son compartidas más ampliamente dentro del reino animal” (Tovar, 2012, 8). Sus ideas fueron tan sustanciales para la ciencia que Griffin es considerado como el padre de la etología cognitiva, al cambiar la sensibilidad humana hacia los animales. Investigadores de la talla de Wolfgang Köhler observaron que los animales superiores, los chimpancés, son capaces de resolver problemas prácticos, cuyos resultados delatan un cierto nivel de raciocinio y no sólo una mera reacción circunstancial. David Hume se suma a la fila de los que aseguran, so pena de ser llamado ignorante, que los animales superiores no carecen de razón: “Ninguna verdad me parece más evidente que la de que las bestias están dotadas de razón y pensamiento como el hombre. Los argumentos son en este caso tan obvios, que sólo escapan al más estúpido e ignorante” (Hume, 2013, VII).

1.2. DARWIN Y SU CONCEPTO DEL PENSAMIENTO

Si se rastrea históricamente la línea que va de la mentalidad aristotélica a la de Griffin, es imperativo detenerse en la teoría evolutiva de Darwin. Fue el naturalista inglés quien estableció, al menos de forma heurística, que los animales razonan al igual que los humanos. Así pudo confirmar que la esencia del raciocinio humano es la misma que la manera de pensar de los animales, aunque en un grado muy superior:

We have seen that the senses and intuitions, the various emotions and faculties, such as love, memory, attention, curiosity, imitation, reason, &c., of which man boasts, may be found in an incipient, or even sometimes in a well-developed condition, in the lower animals. They are also capable of some inherited improvement, as we see in the domestic dog compared with the wolf or jackal. If it be maintained that certain powers, such as self-consciousness, abstraction, &c., are peculiar to man, it may well be that these are the incidental results of other highly-advanced intellectual faculties; and these again are mainly the result of the continued use of a highly developed language (Darwin, 1871, 101).

Desde el punto de vista darwiniano, los animales superiores están dotados de las capacidades humanas, hecho que se evidencia a través de su comportamiento y actitudes. El proceso mental de la razón no escapa a este rasero, permitiéndoles participar y compartir una realidad muy parecida. Darwin estaba convencido de que la mente animal guarda cierta correlación con la humana cuando anota que: "As dogs, cats, horses, and probably all the higher animals, even birds, as is stated on good authority, have vivid dreams, and this is shewn by their movements and voice, we must admit that they possess some power of imagination" (1871, 44). Pareciera que los animales gozan de imaginación y al dormir están sujetos a sueños, evidencia de una interacción activa entre ellos y el medio que les rodea. Arguye que son pocas las personas que no creen en el raciocinio del reino animal superior, afirmación que no concuerda con su contexto histórico, en tanto que en su tiempo tanto la herencia religiosa como el aristotelismo todavía se hacían sentir a la hora de enmarcar a los animales en la oscuridad mental:

Of all the faculties of the human mind, it will, I presume, be admitted that *Reason* stands at the summit. Few persons any longer dispute that animals possess some power of reasoning. Animals may constantly be seen to pause, deliberate, and resolve. It is a significant fact, that the more the habits of any particular animal are studied by a naturalist, the more he attributes to reason and the less to unlearned instincts (Darwin, 1871, 45).

Todas las aserciones de Darwin, al menos con relación a la razón, no tienen una base rigurosa; por el contrario, asume su postura a raíz de la convivencia diaria con sus animales domésticos. En su libro *El origen del hombre*

existe la mayor amalgama y confusión entre los términos instinto y razón. Esta falta de línea divisoria confunde y asigna ciertas facultades estrictamente humanas a comportamientos animales. En vista de las muchas pseudoevidencias del naturalista inglés, concluye que si los ejemplos que él menciona no pueden persuadir al lector, entonces otros no harían tampoco el trabajo: “Anyone who is not convinced by such facts as these, and by what he may observe with his own dogs, that animals can reason, would not be convinced by anything that I could add” (Darwin, 1871, 46).

Esta vía inductiva de extraer la verdad empírica pudiera tener un beneficio para confirmar la relación íntima humana-animal para un lector sujeto a las evidencias adquiridas por los sentidos y las suposiciones, no así para el investigador serio, quien coloca las evidencias científicas como la base de resultados que se desprenden de cualquier investigación. Si Darwin fue capaz de llegar a conclusiones tan disparatadas por la vía rápida de la observación (Darwin 1871, 42-45), es pues lógico pensar que las posibles aplicaciones de las ideas concebidas serán dignas de ser desechadas o por lo menos cuestionadas. Su agenda personal estaba dirigida a ligar el origen del hombre con el de los animales, y es por esta razón que es víctima de sus propias convicciones. Lo peligroso, desde un punto de vista empírico, es perpetuar las ideas darwinianas acerca de la razón de los animales con la intención de probar la teoría evolutiva. Para hacerle justicia a la verdad, no es prudente negar una actitud inteligente de los animales cuando se tiene en cuenta un supuesto *protopensamiento*, pero nunca pensamiento propiamente humano, aunque sea en un grado menor. Darwin magistralmente resume su contenido teórico con respecto a las facultades humanas y de los animales, teniendo en cuenta siempre la razón como la más elevada:

It has, I think, now been shewn that man and the higher animals, especially the Primates, have some few instincts in common. All have the same senses, intuitions and sensations—similar passions, affections, and emotions, even the more complex ones; they feel wonder and curiosity; they possess the same faculties of imitation, attention, memory, imagination, and reason, though in very different degrees. Nevertheless many authors have insisted that man is separated through his mental faculties by an impassable barrier from all the lower animals (Darwin, 1871, 47).

Cuestión trascendental es determinar si los animales superiores son capaces de concebir el pensamiento y hacer un uso práctico del mismo para manejar productivamente los diferentes escenarios que la vida les depara. Si es cierto que los animales pueden pensar, la relación entre los animales y los humanos es más íntima de lo que se ha estimado, y los primeros no se posicionan muy lejos de algún día alcanzar ese lenguaje articulado. Si,

por el contrario, el reino animal no puede concebir el pensamiento o alguna de las formas de raciocinio humano, colocará a las especies superiores en ese caos mental y oscuro que Darwin negaba en su tiempo. A la vez, pone en tela de juicio, al menos en principio, ese gradualismo evolucionista que permitió a los animales superiores conquistar la cima del pensamiento y, por ende, el lenguaje. En caso de no encontrarse una hipótesis que explique la relación entre el lenguaje y el pensamiento, querrá decir que los investigadores serán incapaces de concretar el origen del lenguaje articulado.

Para entender la esencia del pensamiento es necesario analizar qué es el pensamiento y cuáles son los ingredientes que lo componen. Desde un punto de vista experimental, el pensamiento o razonamiento implica una manipulación mental de conceptos que permiten desplegar un determinado comportamiento adaptativo. También se puede añadir que razonar conlleva una búsqueda de soluciones a problemas con base en conocimientos y experiencias previas sin necesidad de un aprendizaje condicionado por ensayo y error. Algunos estudiosos han concluido que estas y otras definiciones son más que aplicables a los animales superiores y, por consiguiente, determinan que los procesos mentales de los animales se equiparan al razonamiento de los humanos. Estas conclusiones, muy parecidas a las darwinianas, no encuentran una base firme si se aparta la mirada del simplismo experimental de algunos científicos y de la obsesiva intención de probar, a pesar de limitados resultados, que los animales razonan. Al mismo tiempo, es primordial entender que la motivación de los animales reposa sobre los instintos. Llamar 'pensamiento' a los resultados instintivos de los animales ha constituido un craso problema para la comunidad científica, y Darwin lleva sobre sus hombros la mayor parte de la responsabilidad de ese error histórico.

Sin la necesidad de una mejor definición del término pensamiento que las anteriores, no hay que olvidar los dos ingredientes más distintivos del razonamiento humano: la voluntad y la conceptualización lingüística. Los animales no pueden razonar porque carecen de voluntad individual. Ellos están esclavizados por el medio, y sólo responden instintivamente a las demandas físicas a las que se ven sometidos. En otras palabras, el hombre, por encima de sus necesidades biológicas, posee la virtud de dirigir sus acciones como él lo crea más conveniente. El animal nunca reparará en las posibles consecuencias de su proceder, desear, imaginar, contrastar, ejercer juicio ético, justificar acciones propias, idealizar, etc. Un segundo elemento esencial son las conceptualizaciones lingüísticas, es decir, el lenguaje. Es más que imposible formar pensamiento sin la presencia de lenguaje. Sin éste el animal queda deshabilitado para razonar o crear pensamiento. Cuando Darwin admite que los animales actúan por medio de la razón, aunque sea de una manera diferente, está aseverando al

mismo tiempo que los animales superiores se sirven del lenguaje. Existe, por parte de Darwin (1871), la mención de una relación entre el pensamiento y el lenguaje que, en momentos, llega a confundir al lector puesto que no precisa la posición teórica respecto al tema del pensamiento:

The mental powers in some early progenitor of man must have been more highly developed than in any existing ape, before even the most imperfect form of speech could have come into use; but we may confidently believe that the continued use and advancement of this power would have reacted on the mind by enabling and encouraging it to carry on long trains of thought. A long and complex train of thought can no more be carried on without the aid of words, whether spoken or silent, than a long calculation without the use of figures or algebra. It appears, also, that even ordinary trains of thought almost require some form of language, for the dumb, deaf, and blind girl, Laura Bridgman, was observed to use her fingers whilst dreaming. Nevertheless a long succession of vivid and connected ideas, may pass through the mind without the aid of any form of language, as we may infer from the prolonged dreams of dogs. We have, also, seen that retriever-dogs are able to reason to a certain extent; and this they manifestly do without the aid of language (Darwin, 1871, 55-56).

Nadie podría estar en desacuerdo con el concepto de que el lenguaje y el pensamiento van de la mano en cuanto al desarrollo de las ideas se refiere. Hasta aquí pareciera que el autor inglés entiende la relación intrínseca entre el pensamiento y el lenguaje, pero comete uno de sus mayores errores al postular y defender que los animales son partícipes de esta relación mental. Si se aceptan las premisas establecidas por Darwin, se afirmará que los animales razonan y procesan la información del medio de una forma similar a la humana, hecho muy cuestionado aun dentro del círculo científico por no existir evidencias satisfactorias (Bartra, 2007, 19-20). No existe nada más alejado de la verdad que estas conclusiones y desafortunadamente no son pocos los adeptos a este conjunto de imprecisiones teóricas en el siglo XXI.

Si partimos de las anteriores consideraciones, a continuación se expondrá una explicación que relaciona el lenguaje y el pensamiento, para así demostrar la irracionalidad de los procesos mentales de los animales y atraer más luz al origen del lenguaje, aunque esto implique tomar una avenida muy diferente a la de la corriente darwiniana.

1.3. EL PENSAMIENTO Y EL LENGUAJE ARTICULADO

Como se ha establecido, la relación entre el pensamiento y el lenguaje ha dado mucho de qué argumentar entre los más grandes lingüistas y psicólogos que han querido abordar el tema desde una perspectiva científica.

El quid de la cuestión gira alrededor de la relevancia del pensamiento sobre el lenguaje o viceversa, debate materializado en las diversas hipótesis que han surgido en el desarrollo del tema. Vygotsky (1987), el teórico soviético, se suma al debate al señalar que “en el estudio del pensamiento y el lenguaje, la comprensión de sus relaciones funcionales es una de las áreas de la psicología a la que debe prestarse mayor atención” (Vygotsky 1987, 21). Una de las formas más poderosas de expresar el pensamiento es usar el lenguaje para explicar no sólo la realidad exterior al hombre, sino aquella más complicada, la realidad que radica en su interior (Benveniste, 2004, 63). Las grandes teorías y logros en el campo del pensamiento nunca podrían ser formulados si el agente pensante no hubiese podido ser capaz de materializarlos en lenguaje. En el momento que los mecanismos del pensamiento se ponen en marcha, el sistema neurológico encargado de procesar el lenguaje se activa automáticamente.

Para tener un mejor entendimiento y estar preparados para asumir una postura coherente, una definición de los vocablos ‘pensamiento’ y ‘lenguaje’ se hace imperativo. El lenguaje, *grosso modo*, se define como medio de comunicación entre los seres humanos por medio de signos orales y escritos que poseen significado. Sapir (1966, 14) destaca el fin comunicativo del lenguaje: “El lenguaje es un método exclusivamente humano, no instintivo, de comunicar ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos, ante todo auditivo, producido de manera deliberada”. Por otro lado, el pensamiento, sin olvidar las definiciones antes ofrecidas, es todo aquel producto de la mente, en otras palabras, todo aquello que es traído a la realidad por medio de la razón o la imaginación. En palabras de Vygotsky (1987, 33) el concepto de pensamiento toma una perspectiva más íntegra: “El pensamiento dirigido es consciente, persigue propósitos presentes en la mente del sujeto que piensa. Es inteligente, es decir, se adapta a la realidad y se esfuerza por influir en ella. Es susceptible de verdad y error... y puede ser comunicado a través del lenguaje”. La aportación de Sapir (1966, 21-22) se ha de considerar cuando estima que “desde el punto de vista del lenguaje, el pensamiento se puede definir como el más elevado de los contenidos latentes o potenciales del habla, el contenido a que podemos llegar cuando nos esforzamos por adscribir a cada uno de los elementos del caudal lingüístico su pleno y absoluto valor conceptual”. Este producto que la mente es capaz de concretar dentro de una realidad subjetiva requiere de un procedimiento que se apega al lenguaje, para algunos lingüistas, o se manifiesta independientemente de éste, para otros.

Sin duda, el lenguaje representa uno de los mayores beneficios humanos de todos los tiempos, puesto que por medio de éste ha sido capaz de expresar el pensamiento. Al hacer uso del pensamiento, tiene la capacidad de representar de manera simbólica la realidad por medio de sonidos

convencionales y, por esa virtud, comunicar ideas, emociones y deseos, aleja al hombre de la comunicación instintiva de los animales. El lenguaje es entonces el vehículo de expresión del pensamiento (Ursua, 1993, 221). Como quedará demostrado más adelante, los signos que constituyen el lenguaje serían incomprensibles para otros si no estuvieran canalizados por el pensamiento, o sea, sin el pensamiento no hay lenguaje coherente y, por ende, sin los signos lingüísticos, no verbales en casos de los sordomudos, no sería posible la manifestación del pensamiento racional. Sin vacilar, Alonso-Cortés afirma que “el lenguaje articulado sirve para la expresión del pensamiento. No es posible pensar sin tener alguna forma de signos lingüísticos” (2008, 63). Nadie más ha dejado tan clara la relación entre el lenguaje y el pensamiento que el contemporáneo de Darwin, Max Müller (1869): “No animal thinks, and no animal speaks, except man. Language and thought are inseparable. Words without thought are dead sounds; thoughts without words are nothing. To think is to speak low; to speak is to think aloud. The word is the thought incarnate” (1869, 383-384). Sapir (1966, 22) considera que el lenguaje es la faz del pensamiento y que es imposible pensar o razonar sin la ayuda de las palabras, ya que el lenguaje es el molde del pensamiento. Para él, los conceptos toman independencia cuando adquieren sus límites lingüísticos. Estas premisas se han mantenido hasta el presente, pues no se ha visto ni tampoco registrado que algún animal haya mostrado señal alguna manifestación racional con el uso de sus capacidades comunicativa, en este caso lingüísticas.

El hombre tuvo que poseer pensamiento para poder hablar, y por medio del control cognitivo, pudo ejercer dominio sobre la realidad. El habla es una manera de extender su territorio fuera de sí mismo. El lenguaje es la marca de identidad del pensamiento, y por lo tanto es una representación externa del interior del individuo. El medio es capaz de limitar, según Sapir, aunque nunca completamente, el perímetro del pensamiento y, como resultado, éste vuelve a reflejarse sobre el mismo medio, de manera que la primera realidad se convierte en otras capaces de repetir el proceso anterior. Los animales, al no pensar o conceptualizar la realidad de la manera que el hombre lo hace, buscan el dominio por medio del sistema de comunicación más avanzado que poseen, caracterizado por la fuerza y el instinto; no obstante, la nueva forma de dominio homínida consiste en una actitud versada en el lenguaje articulado que posibilita pensar.

La controversia que ha generado el papel del lenguaje en el desarrollo cognitivo ha tenido una gran presencia en épocas antiguas, y continúa en estos tiempos modernos. Aristóteles subrayó que las palabras habladas son los símbolos de la experiencia, y las escritas son los símbolos de las palabras habladas. Durante la Ilustración, como apuntan Cooper y Spolsky (1991, 8), se concebía el lenguaje como un elemento más de la razón, cuya única función era la comunicación y la expresión del pensamiento. Se pueden

identificar tres escuelas importantes que se han embarcado en la búsqueda de un mejor entendimiento de lo cognitivo, que sostienen una perspectiva genética o evolutiva con respecto a su desarrollo. Por un lado, la escuela rusa con Luria y Vigotsky como sus máximos exponentes; la escuela de Ginebra, encabezada por el psicólogo Piaget y, por último, la escuela americana, representada por Bruner. Para Luria y Vigotsky el lenguaje es un agente básico para el desarrollo cognitivo, mientras que Piaget sostiene que el lenguaje depende de otros medios para su desarrollo. Bruner establece que este es el mayor amplificador de las facultades humanas a través de la transmisión cultural. A continuación se exponen los términos de dichas teorías del desarrollo del pensamiento:

1. Luria. Para este lingüista soviético, el lenguaje no sólo es generalización, sino que es también la fuente del pensamiento, que así regula y coordina otras formas de comportamiento. Denominó a la primera etapa del desarrollo lingüístico del niño "simpráxica", en el que es capaz de regular sus acciones a través del habla por medio de la internalización de las acciones. Tras una serie de experimentos con infantes, Luria concluyó que el habla es un reflejo de la actividad objetiva y que influye en la formación de procesos complejos humanos (Luria, 1980).

2. Vigotsky. Fue uno de los primeros lingüistas en exponer el papel fundamental de la formación de las actividades mentales. Da a entender en su investigación que la interacción lingüística influye en la reorganización de los procesos mentales para el desarrollo de las funciones psicológicas superiores. Este autor define con exactitud la función de las palabras cuando en su libro *Teorías de J. Piaget sobre el lenguaje y el pensamiento del niño* explica: "En el principio no fue la palabra, sino la acción. La palabra es el fin del desarrollo coronando los hechos" (Hernández, 1984, 51). Establece que las curvas de desarrollo del pensamiento y del habla no son paralelas, puesto que parten de actividades distintas y se desarrollan de modo independiente, aunque sea posible que coincidan en un determinado momento, hacia los dos años. Añade que en los niños el pensamiento surge al comienzo con independencia del lenguaje. Vigotsky, en su libro *Pensamiento y lenguaje*, concluye con la afirmación de que "el lenguaje no puede ser descubierto sin el pensamiento" (1987, 72).

3. Piaget. La fuente de las operaciones mentales no radica en el lenguaje, puesto que el pensamiento no depende de éste para su desarrollo, sino que este cognitivismo se relaciona con el desarrollo de un conjunto de esquemas sensorio-motores que organiza la experiencia durante los primeros años del niño. Piensa que por medio de una observación de los cambios que se producen en la inteligencia en el momento que se adquiere el lenguaje, se percibe que éste no es el único responsable de dichos cambios. La adquisición del lenguaje marca el comienzo del pensamiento representativo, pues es cuando empiezan a formarse los esquemas repre-

sentativos. Interpreta que la aparición del lenguaje surge de la interacción del niño con su ambiente social (Piaget, 1984).

4. Bruner. Mientras que la escuela rusa apoya al agente lingüístico como el principal estructurador y controlador del pensamiento, la escuela de Ginebra cree que el lenguaje juega un papel secundario. Bruner, interesado en las dos ramas psicológicas, quiso construir un puente entre ambas. Bruner estudió el desarrollo del pensamiento en los niños y determinó que este es el agente del desarrollo cognitivo, y que en este proceso el niño se sujeta a tres tipos de habilidades de representación: enactiva (acción), icónica (el pensamiento) y simbólica (el lenguaje). Para el autor, la etapa simbólica es la más avanzada, y debido a que el lenguaje es la forma más representativa de simbolización, es razonable darle un lugar prominente en el desarrollo cognitivo (Bruner, 1984).

Dentro del engranaje de las teorías que intentan relacionar el pensamiento y lenguaje, cabe destacar aquella formulada por Sapir y Whorf a partir de sus estudios de ciertas lenguas indígenas. Dicha teoría, al menos la versión radical, ha caído en descrédito por parte de sus colegas y, aun así, no carece de relevancia científica. Esta hipótesis se enfoca en los efectos que la cultura, mediante la lengua, tiene sobre el pensamiento, en especial la manera de percibir la realidad del mundo exterior (Gumperz y Levinson 1996, 1). Whorf no niega en ningún momento la interacción entre la cultura y el lenguaje, aunque enfatiza el rasgo predominante de la gramática sobre el medio por presentar resistencia al cambio (Cooper y Spolsky 1991, 17). Edward Sapir se suma a Whorf al afirmar la interrelación entre la lengua, la cultura y la psicología, y argumenta que dos lenguas nunca podrán reflejar la misma realidad social (Sapir, 1949, 69).

La versión radical de esta teoría plantea que la estructura de la lengua es la responsable de la percepción del mundo. Por su parte, la versión débil, como ramificación de la vertiente radical, sugiere que la lengua sólo afecta a la visión del mundo de los hablantes de alguna lengua en particular (Deutscher, 2010, versión digital). Una de las razones por las cuales esta teoría se quedó en el olvido se debió a que nunca se encontraron las evidencias sólidas de sus alegatos. A pesar de todo, todavía el campo de la lingüística puede hallar grandes beneficios dentro del tema que relaciona el pensamiento, la lengua y la cultura. En vista de los avances y estudios psicolingüísticos, la postura de la hipótesis de Sapir-Whorf ha sido parcialmente comprobada, pero todavía carece de estricta aceptación a la luz de los estudios realizados en bebés chimpancés que son capaces de categorizar objetos y conceptos careciendo de lenguaje (Harris, 1998). Whorf intentó defenderse de las críticas que recibió al concretar que no es que los hablantes de dos lenguas diferentes nunca podrían contextualizar la realidad de la misma manera, sino que, en tanto el contenido gramatical de la

lengua dirige los procesos mentales, sin intención alguna tienden a comportarse de maneras diferentes.

1.4. EL DECODIFICADOR LINGÜÍSTICO

Entender la relación existente entre el pensamiento y el lenguaje, y determinar cronológicamente su génesis no ha sido labor fácil para las diferentes escuelas lingüísticas. Al mismo tiempo, ninguna de las teorías presentadas hasta ahora, ni las que se han dejado de lado, enfocan su atención en la naturaleza y los elementos que forman el pensamiento y el lenguaje, de modo que carecen de un fundamento integral. El precursor evolucionista, Darwin, no se molestó en exponer la relación entre el pensamiento y el lenguaje, puesto que no le interesaba una explicación del asunto o no llegó a entenderlo. Afirmó que buscar el origen de las facultades mentales en los organismos inferiores sería una pérdida de tiempo: "In what manner the mental powers were first developed in the lowest organisms, is as hopeless an enquiry as how life first originated. These are problems for the distant future, if they are ever to be solved by man" (1871, 35).

Los procesos evolutivos guardan una gran conformidad cuando de transformaciones biológicas se trata. En cambio, identificar los cambios neurológicos que facilitaron la emergencia de las facultades mentales con los procesos evolutivos darwinianos ha representado graves problemas para los teóricos modernos. Las teorías o aplicaciones alternativas a ese problema acercarán a los científicos a entender mejor los aspectos neurológicos humanos. Elvira explica espléndidamente este asunto cuando alude que:

En la lingüística histórica de las últimas décadas las nociones de cambio y evolución han estado en buena medida separadas. Los planteamientos evolucionistas han estado relativamente ausentes de la investigación estrictamente lingüística y los estudios de las lenguas han preferido concebir y entender el cambio lingüístico lejos de cualquier connotación evolutiva, bajo la convicción o presuposición de que los factores evolutivos que pudieron, hace milenios, dan lugar a la aparición del lenguaje en la especie humana son de naturaleza diferente a los que determinan el cambio lingüístico y la inestabilidad de las lenguas, tal y como las conocemos en época histórica (Elvira, 2009, 67).

Dentro del proceso de la adquisición del pensamiento y el lenguaje se sitúa la facultad de pensar. Esta facultad tiene como finalidad última conducir al niño hacia la adquisición y dominio del pensamiento y, en consecuencia, del lenguaje. En sintonía, Whitney opina que "el hombre posee, como una de sus características más sobresalientes y diferenciadoras, una aptitud o facultad para el hablar, o dicho con más exactitud, varias aptitudes o facultades que llevan necesariamente a la producción del lenguaje" (Are-

llano, 1977, 270). En principio, la capacidad de pensar no se encuentra totalmente definida o activa, ya que necesita de cuatro elementos esenciales, tales como la subjetividad, imágenes mentales, los constituyentes lingüísticos y la voluntad:

a. La subjetividad. Se compone de las emociones, sensaciones y sentimientos. Aunque el niño nace genéticamente con una predisposición de base subjetiva, no hay que olvidar que la influencia de su experiencia diaria juega un papel trascendental en la formación de su marco psico-emotivo.

b. Imágenes mentales. Según Pierce (Doron y Parot, 2008, 439), son las imágenes mentales captadas por los sentidos. Estas imágenes quedan a merced de la percepción individual, dado que dos personas no pueden percibir exactamente el mismo contenido material del exterior. La presencia de las imágenes mentales son importantes para que tenga lugar el pensamiento.

c. Constituyentes lingüísticos (fonológicos, morfológicos, sintácticos y semánticos). Elementos estructurales esenciales de la lengua que van capacitando al niño a hacer uso del lenguaje que recibe del medio exterior. Estos elementos están incrustados en las palabras que conforman el habla (Sapir, 1966, 32-51).

d. La voluntad. Los tres elementos anteriores serían inútiles o permanecerían en estado pasivo si no fuera por la actividad de la voluntad. Por medio de esta facultad el hombre es capaz de gobernar sus acciones y decidir con entera libertad su propio destino. Por lo tanto, el pensamiento necesita de la voluntad para usar el lenguaje.

La facultad de pensar es un decodificador de la cultura, definida por las palabras o conceptos lingüísticos, con la que el niño nace para extraer con ella los constituyentes lingüísticos implicados en el pensamiento, y como la cultura está lingüísticamente determinada (Sapir, 1966, 248), es lógico concluir que se hace imprescindible un mecanismo que *traduzca*¹ dichos signos arbitrariamente asignados. Una cultura es un conjunto de vivencias lingüísticas que adquiere existencia para el que lo percibe. No puede existir aquello a lo cual no se le haya asignado una categorización por medio de la lengua. Uno de los autores que supo exponer el valor adaptativo del lenguaje con mucha agudeza fue Alonso-Cortés cuando mencionó que:

La ventaja adaptativa del lenguaje consiste en que las palabras constituyen un instrumento de categorización o clasificación de la realidad mucho más efectivo que un sistema de señales. La abstracción y la generalización son propiedades del entendimiento humano cuyo grado de desarrollo se desconoce en otras especies. El cerebro en sus funciones superiores actúa como categorizador dando un orden a las sensaciones, debido a que el "mundo exterior" no está ahí clasificado (Alonso-Cortés, 2008, 63).

Este autor no identifica específicamente la capacidad de pensar como ese puente entre el mundo exterior y el interior del individuo, pero sí concibe la mente como el categorizador que ordena los elementos exteriores por medio del lenguaje. Si un indígena ve un avión por primera vez, quedará perplejo por no comprender lo que sus ojos están siendo testigos. Creerá con toda certeza que es un ave enorme, por la forma, hasta que alguien le explique que no se trata de un ave, sino de un medio de transporte mecánico. El concepto de avión tomará existencia en la mente del indígena en el momento que entienda la función y la categorización que la sociedad le ha otorgado a dicho vocablo.

Por lo que se refiere al decodificador, cabe destacar que no sería posible la adaptación del niño a su nuevo entorno, la cultura, si no hubiese una función que le ayudara a entender el nuevo mundo en el cual ha entrado desde su nacimiento.

La experiencia de los recién nacidos se puede asemejar a estudiantes que migran a un país extranjero con el propósito de aprender una nueva lengua en la edad adulta. Asumiendo que no poseen conocimiento alguno del nuevo idioma, experimentarán un periodo de total confusión y estrés hasta que sean capaces de apropiarse de los componentes de la lengua. Su facultad de pensar desarrollará un sistema de decodificación continuo con el cual irá tomando sentido de su nueva realidad. Esta experiencia de aprendizaje tiene sus ventajas porque existe previamente una lengua materna establecida, la cual facilita la adquisición de otras.

Después de que la facultad de pensar decodifica la cultura, esta es capaz de extraer los constituyentes lingüísticos esenciales (fonológicos, morfológicos, sintácticos y semánticos) que pasarán a ser el material de soporte del pensamiento. Llegado a este punto crucial, la facultad de pensar está en disposición de concebir el pensamiento que habilitará la génesis posterior del lenguaje articulado (Ouspensky, 2004, 296). En consecuencia, no se puede hablar de que el pensamiento surgió antes que el lenguaje o viceversa, en tanto que el lenguaje forma parte esencial del pensamiento, así como el pensamiento permite la manifestación del lenguaje por la competencia del habla. La relación que se forma entre el lenguaje y el pensamiento es simbiótica, ya que, como dice Vigotsky, las dos partes se reclaman, y la existencia de una justifica la existencia de la otra. Benveniste (2004) sostiene que:

La forma lingüística es, pues, no solamente la condición de transmisibilidad sino ante todo la condición de realización del pensamiento. No captamos el pensamiento sino ya apropiado a los marcos de la lengua. Fuera de esto, no hay más que volición oscura, impulsión que se descarga en gestos, mímica. Es decir, que la cuestión de saber si el pensamiento puede prescindir de la lengua

o rodearla como un obstáculo aparece despojada de sentido, a poco que se analicen con rigor los datos pertinentes (Benveniste, 2004, 64).

Toda comunicación tiene como referencia la cultura y de esta manera se transforma en el embajador entre los integrantes de un intercambio lingüístico. De ahí que la cultura sea el común denominador del lenguaje, en la que se encuentran fijados los componentes lingüísticos. La figura número 1 precisa gráficamente cómo la cultura genera el contenido del pensamiento, y ésta queda influida al instante que el pensamiento se expresa.

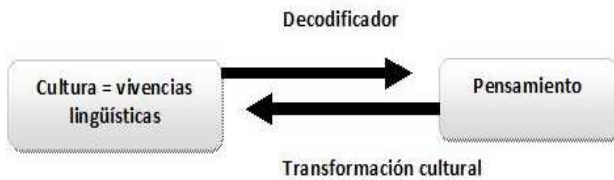


FIGURA 1. La influencia de la cultura sobre el pensamiento

La cultura se superpone a todos los elementos estimuladores del pensamiento, hecho que proporciona preponderancia al contenido sociolingüístico en el que un individuo queda circunscrito. El lenguaje, después de ser expresado, tiene el poder de influir no sólo en la cultura en la que se vierte, sino también sobre el receptor y el mismo emisor. Esta interdependencia de la realidad exterior con la interior puede compararse al equilibrio ecológico mantenido por los animales en un ecosistema, desde el punto de vista que la acción de algunos de los participantes se reflejará y afectará la supervivencia del resto. El medio, esa cultura imperante, es el que sirve de punto de encuentro entre lo codificado con lo decodificado producido por el pensamiento.

Por una razón u otra, los animales no pueden procesar una actividad pensante a nivel racional, y por el momento se advierte tarea difícil por la falta de alguno de los componentes vitales en la adquisición del lenguaje articulado. Gracias a estos elementos, el niño se equipa con los instrumentos necesarios que escoltan el pensamiento racional y lo facultan a entrar en un trueque lingüístico con el medio que lo rodea. Después de entender las implicaciones del pensamiento, es más que imposible arribar a la conclusión de Darwin respecto a la capacidad de razonar de los animales,

ni siquiera en un grado menor. El pensamiento no tiene un proceso evolutivo durante su génesis filogenética, pues éste surge espontáneamente, aunque sí recorre estados de maduración ontogenética humana. Estas conclusiones, al menos *a priori*, confirman las ideas de los teóricos rupturistas o emergentistas. Atar el pensamiento humano a bases estrictamente instintivas supondría uno de los mayores retrasos para determinar el origen del lenguaje articulado ya que, desde un punto de vista cualitativo, no se pudiera explicar la génesis del pensamiento. En definitiva, los instintos y el pensamiento no pueden compartir la misma base o recorrido evolutivo sin contradecir la lógica científica. Darwin se casa con estas impresiones filogenéticas en virtud de su lógica heurística, y provoca con ello un cáncer epistemológico que ha desembocado en una confusión lingüística entre sus discípulos.

- 1 T. Ortiz comprendió el proceso codificador-descodificador envuelto en la comunicación: "El lenguaje humano consiste en una comunicación que viene determinada por un proceso decodificativo-codificativo de los estímulos audiovisuales" (Ortiz, 1997, 18).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso-Cortés, Ángel (2003), "Formalismo y funcionalismo en lingüística", en José Luis Girón Alconchel, *Estudios ofrecidos por el profesor José Luis de Bustos Tovar*, vol.1. Madrid: Editorial Complutense, pp. 839-852.
- Alonso-Cortés, Ángel (2008), *Lingüística*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Arellano, Fernando (1977), *Historia de la lingüística: desde sus orígenes hasta el siglo XIX inclusive*. Vol. 1. Caracas, Venezuela: Universidad Católica Andrés Bello.
- Aristóteles (1977), *Política*. VII, 12. Madrid: Editora Nacional.
- Bartra, Roger (2007), *Antropología del cerebro: la conciencia y los sistemas simbólicos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benveniste, Émile (2004), *Problemas de lingüística general*, vol. 1. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Bruner, Jerome (1984), *Juego, pensamiento y el lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cooper, L. R. y Spolsky, B. (1991), *The Influence of Language on Culture and Thought*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Darwin, Charles (1871), *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. New York: Dr. Appleton and Company.
- Deutscher, Guy (2010, August 26), "Does your language shape how you think?" *The New York Times*. Recuperado de www.nytimes.com/2010/08/29/magazine/29language-t.html?pagewanted=all
- Doron, Roland y Parot, Françoise (2008), *Diccionario Akal de psicología*. Madrid: Ediciones Akal.
- Gumperz, J. y Levinson, C. (1996), *Rethinking Linguistic Relativity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Harris, Judith R. (1998), *The Nature Assumption: Why Children Turn out the Way They Do*. New York: The Free Press.
- Hernández Pina, Fuensanta (1984), *Teorías psicosociolingüísticas y su aplicación a la adquisición del español como lengua materna*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Hume, David (2013), *Treaty on Human Nature*. Boston, MA: Shambhala Publications.
- Luria, A. R. (1980), *Fundamentos de neurolingüística*. Barcelona: Editorial Toraymasson.
- Müller, Max (1869), *Lectures on the Science of Language*. Nueva York: Charles Scribner and Company.
- Ortiz, T. (1997), *Neuropsicología del lenguaje*. Madrid: CEPE.
- Ouspensky, P. D. (2004), *El tercer canon del pensamiento: una clave para los enigmas del mundo*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Kier.
- Piaget, J. (1984), *Lenguaje y pensamiento del niño pequeño*. Madrid: Piados Ibérica Ediciones.

- Sapir, Edward (1949), *Culture, Language, and Personality*. California: The Regents of the University of California.
- Sapir, Edward (1966), *El lenguaje: Introducción al estudio del habla*. México: FCE.
- Tovar, Luis (Diciembre de 2012), "Reflexiones: pensar y sentir",
Revista Defes Animal 8: 9-11.
- Ursua, Nicanor (1993), *Cerebro y conocimiento: un enfoque evolucionista*. Barcelona: Anthropos.
- Vygotsky, Lev S. (1987), *Pensamiento y lenguaje: Teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas*. Buenos Aires: Ediciones Fausto.